Estamos aquí: Por qué escribimos sobre Sudán en proximidad a Palestina

El décimo boletín de Panáfrica (2026)

Por **Sandie Hanna**


WE ARE HERE:
Sudanese Lived Experiences of the Suffering of Displacement

Amanda Elbergdar, ilustración de portada para *Estamos aquí [We Are Here]*, 2026.

> "Espero que la gente mire a una persona, no a una declaración, para entender lo que está pasando… Nosotros, los torturados, asesinados, desplazados y hambrientos, estamos demasiado exhaustos como para hacer la tarea de hacer que nuestro sufrimiento sea humano y genere empatía". – Joven activista sudanesa, ***We Are Here***.

En la mañana del 15 de abril de 2023, durante el Ramadán, Elaf estaba en un aula universitaria en Jartum cuando su madre la llamó para decirle que se fuera a casa. Ella le restó importancia; los disparos se habían vuelto algo cotidiano. Veinte minutos después, un fuerte estruendo sacudió el edificio y, cuando los estudiantes salieron a un patio abierto, el aire se llenó de fuego de ametralladora. Al otro lado de la ciudad, Aya se despertó con un cielo negro por el humo. Mina, que es diabética, se marcharía doce días después porque ya no quedaba insulina en el país. Cada una de ellas creía que todo terminaría en una semana.

Tres años y medio después, Sudán es la mayor crisis de desplazamiento del mundo. Para abril de 2026, la Organización Internacional para las Migraciones **contabilizaba** cerca de 9 millones de personas desplazadas internamente, casi 4 millones de retornados y otros 4,5 millones que habían huido a través de las fronteras. Conocer estas cifras es necesario. Pero, como insisten las ocho jóvenes organizadoras cuyas historias llenan *Estamos Aquí: Niñas y jóvenes sudanesas se mantienen firmes en la resistencia y la memoria*, las cifras también aplastan a las personas reduciéndolas a una escala por la que es fácil deslizarse sin prestar atención.

Este boletín se basa en esa colección y en su ensayo acompañante, "Por qué escribimos sobre Sudán en proximidad a Palestina", para preguntar por qué Palestina se convirtió en el referente moral de nuestra generación y Sudán no, y qué nos enseña la respuesta sobre cómo nos organizamos.

El referente y la sombra

Cada generación se encuentra con una lucha que pone a prueba su conciencia: Vietnam en los años 60 y 70, Irak en la década de 2000 y, desde octubre de 2023, Palestina. Eso no es ni un accidente ni un error. El genocidio en Gaza fue transmitido en directo por sus propios periodistas y jóvenes, y se pueden nombrar las fuerzas que lo hacen posible: Israel, Estados Unidos, gran parte de Occidente y varios gobiernos árabes. Detrás de esa claridad hay décadas de organización. En 2005, 170 organizaciones de la sociedad civil palestina —sindicatos, redes de refugiados, grupos de mujeres, comités populares— hicieron el llamado al Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS). Cuando la gente de todo el mundo se sentía paralizada al ver un genocidio en sus pantallas, el BDS le dio a ese sentimiento un lugar adónde ir: una estrategia, investigación verificada sobre la complicidad corporativa, objetivos concretos. La indignación se convirtió en presión económica.

Sudán no ha tenido un equivalente. No porque el sufrimiento sudanés sea menor —esto no es un concurso sobre cuyo dolor es más profundo—, sino porque la guerra ha sido narrada como algo que no es. Llamada "guerra civil" o "crisis humanitaria", una contrarrevolución moldeada por mercenarios, finanzas indirectas y limpieza étnica ha sido reducida a una disputa entre dos generales. Ese marco oculta las manos extranjeras. La formación compradora dentro del orden neocolonial liderado por Estados Unidos, los Emiratos Árabes Unidos (EAU), está acusada —sobre la base de líneas de suministro documentadas, armas reexportadas y lazos

comerciales— de armar y financiar a las Fuerzas de Apoyo Rápido (FAR), un cargo que Abu Dabi niega. Egipto, Arabia Saudita, Israel, Estados Unidos, el Reino Unido, Rusia y China tienen intereses —algunos más geopolíticos, otros más comerciales— en el oro, el petróleo, el agua del Nilo y la costa del Mar Rojo de Sudán. Debido a que los intereses occidentales son menos agudos allí, y debido a que Sudán no amenaza la autoimagen de Occidente como lo haría una Palestina libre, se le deja arder en lo que el ensayo llama círculos concéntricos de vacío político.

Las consecuencias son concretas. Cuando las autoridades lideradas por el ejército en Puerto Sudán —productos del golpe de estado de octubre de 2021 e ilegítimas a los ojos de muchos sudaneses— llevaron a los EAU ante la Corte Internacional de Justicia en marzo de 2025, el caso fue desestimado dos meses después porque los EAU habían presentado una reserva a la cláusula de litigio de la Convención sobre el Genocidio. Las protestas lideradas por la diáspora han pedido un embargo de armas y un boicot a los negocios vinculados con los EAU, pero, como observa el ensayo, no ha habido un contenedor creíble para convertir esos llamados en una presión global sostenida. “Se siente genuinamente como si las únicas personas que están hablando de lo que está pasando en Sudán en este momento fueran sudanesas”, dice Elaf.



Amanda Elbergdar, *Libertad de Expresión [Free Speech]*, 2026.

Una guerra contra una revolución

Para ver a Sudán con claridad tenemos que situarlo en su historia:

- Un condominio anglo-egipcio (1899–1956), bajo el cual Gran Bretaña, con Egipto como socio nominal, gobernó el Norte y el Sur como entidades separadas, una división que sobrevivió a la independencia;
- Dos guerras civiles entre el estado de Jartum y los movimientos del sur (1955–1972 y 1983–2005), la segunda terminando en el acuerdo que condujo a la balcanización con la creación de Sudán del Sur en 2011;
- El genocidio en Darfur a partir de 2003, cuando el gobierno de al-Bashir armó a los yanyauid para aplastar una rebelión en la región, la milicia a partir de la cual se construyeron posteriormente las FAR;
- Y una larga línea de levantamientos populares —1964, 1985, 2019—, cada uno revertido por los hombres con armas. La revolución que derrocó a Omar al-Bashir tras treinta años en el poder en abril de 2019 fue respondida con la masacre de la sentada de junio, cuando las fuerzas lideradas por las FAR mataron a más de cien manifestantes frente al cuartel general del ejército en Jartum. En octubre de 2021, el ejército y las FAR tomaron el poder conjuntamente, disolviendo el gobierno de transición cívico-militar.

En enero de 2023, los Comités de Resistencia de los barrios firmaron la **Carta Revolucionaria para el Establecimiento del Poder Popular**, una hoja de ruta construida mediante consulta horizontal que proponía consejos locales, supervisión civil de las fuerzas de seguridad y una economía que devuelva los recursos de Sudán a su pueblo. Tres meses después, los dos socios en el golpe volvieron sus armas el uno contra el otro y contra el pueblo. Es por esto por lo que muchos sudaneses la llaman la Guerra Contrarrevolucionaria. Una "guerra civil" le pide ayuda al mundo; una contrarrevolución le pide solidaridad con un proyecto político.

Muerte lenta, en el hogar y a través de las fronteras

Los testimonios en *Estamos aquí* no tratan solo sobre bombas. Describen lo que la académica palestina Nadera Shalhoub-Kevorkian llama un "estado de ni vida ni existencia": familias durmiendo en los pisos de las salas porque esas paredes son más gruesas; jóvenes que dejan de salir de casa porque la violación se ha convertido en un arma de guerra; padres cuyos ahorros se desvanecen de la noche a la mañana cuando los bancos colapsaron. Médicos Sin Fronteras **atendió** a 659 sobrevivientes de violencia sexual en Darfur del Sur entre enero de 2024 y marzo de 2025, casi un tercio de ellos niños. En abril de 2026, ONU Mujeres **informó** que el número de personas que necesitaban apoyo por violencia sexual se había cuadruplicado.

Cruzar una frontera no le pone fin. En Egipto, los narradores describen campañas de deportación, normas de residencia cambiadas sin previo aviso, alquileres que devoraron sus ahorros y jóvenes en la calle llamándolos abeed (esclavos). En el asentamiento de Kiryandongo en Uganda, Wini Omer describe un solo centro médico para miles de refugiados. El régimen de refugiados argumenta el texto, fue diseñado por las potencias que trazaron las fronteras de África: abierto para las armas, cerrado para las personas. Las narradoras señalan el Proceso de Jartum de la UE, a través del cual, argumentan, las FAR ganaron cobertura y capacidad como la guardia fronteriza de Europa. Si los belicistas se mantuvieran fuera de nuestras fronteras, dice el texto, nunca necesitaríamos cruzar las de ellos.

El año del imperio

Sudán debe leerse dentro de la ofensiva más amplia de 2026. El 3 de enero, las fuerzas estadounidenses bombardearon Caracas y detuvieron al presidente Nicolás Maduro en nombre de una guerra contra las drogas,

mientras Washington hablaba abiertamente de administrar Venezuela y su petróleo. Tres semanas después, en Davos, Donald Trump lanzó su Consejo de Paz: un organismo presidido por él, respaldado por el Consejo de Seguridad de la ONU para supervisar la "reconstrucción" de Gaza, con asientos permanentes valorados en mil millones de dólares y una presentación de diapositivas de lanzamiento de complejos turísticos junto al mar en terrenos aún bajo escombros. El 28 de febrero, Estados Unidos e Israel entraron en guerra contra Irán; el primer día, un ataque contra una escuela primaria de niñas en Minab mató a más de 165 personas, la mayoría niños. Mientras tanto, el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de EE. UU. recibió un aumento histórico de fondos para realizar redadas en vecindarios y separar familias.

Sin embargo, donde hay opresión, hay resistencia. La gente en los Estados Unidos respondió con campamentos, ayuda mutua y redes de respuesta rápida fuera de las escuelas, marchando por Palestina, Sudán, Venezuela y Cuba por igual. También convirtieron la concientización en votos: Zohran Mamdani gobierna la ciudad de Nueva York, y Abdul El-Sayed ganó las primarias demócratas al Senado de Míchigan en agosto con programas que tratan la vivienda, la sanidad y la educación como derechos, no como mercados. Estas no son revoluciones. Pero demuestran que la red del imperio puede ser vista, y combatida, desde dentro de su centro.

De la movilización a la organización

Nada de esto es un argumento a favor de un menor apoyo a Palestina. Es un argumento en contra del excepcionalismo: el hábito, por inconsciente que sea, de permitir que una sola lucha represente a todas ellas, del cual depende el divide y vencerás. El ensayo también extrae una lección más dura. Millones marcharon, boicotearon y ocuparon universidades por Gaza, y el genocidio no se detuvo. Muchos quedaron exhaustos. Kwame Ture advirtió que la movilización es temporal y la organización permanente, y que "la lucha nunca es un evento". Vijay Prashad señala el mismo punto: la energía popular no es poder social, que es la capacidad organizada de una clase para actuar. Las protestas aprobadas por el estado pueden ser absorbidas; un pueblo organizado que ha construido sus propias instituciones y que sabe por qué está luchando no puede serlo.

Los organizadores sudaneses saben esto muy bien. Después de 2019, nos dice Reem, creció un movimiento feminista orgánico, y es ese movimiento el que ahora dirige las cocinas comunitarias en toda la guerra. Esa infraestructura también está bajo presión: debido a la polarización, a las condiciones de los donantes, a lo que ella llama dinero político y agendas extractivas. La solidaridad que se mueve a la velocidad de la empatía en lugar de a la velocidad de la confianza la deja hambrienta.

¿Qué se debe hacer entonces? *Estamos aquí* nos pide que pongamos en el centro a los organizadores de primera línea, movilicemos recursos con dignidad, pidamos un embargo de armas y enfrentemos la complicidad de nuestros propios estados. A esto añadimos una tarea para la izquierda panafricana: construir para Sudán el tipo de contenedor en el que se convirtió el BDS para Palestina —mapeando las empresas, las rutas del oro y los flujos de armas; vinculando a la diáspora sudanesa con los sindicatos, los estudiantes y los movimientos del continente; y rechazando el lenguaje de "guerra civil" en nuestras propias publicaciones. Los EAU y el Golfo son importantes inversionistas y socios comerciales en toda África, lo que otorga a los movimientos africanos una influencia que pocos otros poseen.



Amanda Elbergdar, *Estamos aquí, mano a mano [We are Here, Hand in Hand]*, 2026.

Las narradoras no cuentan sus historias para demostrar su humanidad, la cual nunca estuvo en duda. Las cuentan para encender el fuego de la revolución, para encontrar a sus camaradas y para llenar el archivo con sus voces. Sudán y Palestina son terrenos diferentes del mismo campo de batalla. Escribimos sobre ellos juntos no para clasificarlos, sino porque solo seremos libres juntos.

Un cordial saludo,

Sandie

Estamos aquí: Las jóvenes y la juventud sudanesa se mantienen firmes en la resistencia y el recuerdo reúne los testimonios de ocho niñas y jóvenes organizadoras sudanesas desplazadas por la guerra que comenzó el 15 de abril de 2023. Gestado por una organizadora sudanesa y otra palestina en una amistad feminista, el libro lee a Sudán más allá del lente humanitario y rastrea las raíces coloniales del presente.



Sandie Hanna

Sandie Hanna es una organizadora y narradora palestina. Lidera la educación política en **Purposeful**, un centro feminista con raíces en África que financia el activismo de las mujeres jóvenes en todo el mundo.